

DISCURSO
PARA EL DIA 10 DE MAYO.

PURIFICACIÓN.

PLAN.

PUNTO PRIMERO.—Inmolación de la voluntad.

SUBDIVISIONES.—1. Nuestro Señor Jesucristo inmola en este día su voluntad.—2. En esto es imitado por su Santísima Madre.—3. También nosotros debemos inmolar nuestra voluntad.

[PUNTO SEGUNDO.—Inmolación de los sentidos.

SUBDIVISIONES.—1. Nuestro Señor Jesucristo inmola en este día sus sentidos.—2. En esto es imitado por la profetisa Ana.—3. También debemos nosotros inmolar nuestros sentidos.

PUNTO TERCERO.—Inmolación de la vida.

SUBDIVISIONES.—1. Nuestro Señor Jesucristo inmola en este día su vida.—2. En esto es imitado por el anciano Simeón.—3. También debemos nosotros inmolar nuestra vida.

Tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.
Llevaron á Jesús á Jerusalem para presentarle al Señor.

(LUC., II, 22.)

EL Apóstol San Pablo nos dice, que Nuestro Señor Jesucristo, al hacer su entrada en el mundo, se ofreció á su Eterno Padre para ser la víctima del linaje humano: *Ideo ingrediens mundum dicit: hostiam et oblationem noluiisti; corpus autem aptasti mihi... tunc dixi ecce venio.* (HÆBR., X, 5.)

Hé aquí, M. A. O., el día en que se cumplieron estas palabras del Apóstol. El niño Jesús es llevado al templo para ser presentado á su Padre; y allí, en el *Sancta Sanctorum*, es donde la augusta víctima dirige á su Padre, justamente encolerizado, aquella sublime oblación. «Héme aquí: *Ecce venio*»; Vos me disteis un cuerpo: *Corpus aptasti mihi*; los holocaustos que os presenta vuestro pueblo no os agradan; pues aceptadme á mí, que he venido á hacer en todo vuestra voluntad: *Ecce venio, ut faciam, Deus, voluntatem tuam.* (HÆBR., X, 5). Entonces pide su Cruz, dice un sabio Doctor, y el Padre, anticipándose á la crueldad de los judíos, carga aquel leño sobre los tiernos hombros de su Hijo. (*Bossuet. Serm. de Purif.*) Ved el misterio de este día.

Resulta, pues, que Jesucristo se ofrece en el templo como víctima, y por lo tanto la unidad de su cuerpo místico exige que, pues la cabeza se inmoló, todos los demás miembros sean hostias vivientes. Siendo esta verdad tan importante, como que envuelve el culto principal que los fieles deben tributar á Dios en el Nuevo Testamento, plugo á nuestro Divino Salvador darnos de ello una prueba ostensible desde el principio de su vida; siendo además su voluntad, que en este día solemne en que El comienza su inmolación, todas las personas que forman su séquito y van con El al templo, se coloquen en un estado de inmolación voluntaria. Por eso María su Madre, Ana la profetisa y el anciano Simeón, participan de ella con Jesucristo y nos exhortan á seguir su ejemplo.

Para penetrarnos bien del espíritu de este Misterio, entremos en el templo con el Salvador y los santos personajes que le acompañan, y admiremos: primero, la oblación que Jesús hace de su persona; segundo, cómo es imitado desde luego por los que con El están; y tercero, cuán justo es que á imitación suya hagamos nosotros lo mismo. Así que, en la acción que hoy ejecuta nuestro adorable Salvador, resaltan tres clases de inmolación, á saber: 1.º de la voluntad; 2.º de los sentidos; y 3.º de la vida.

Antes de entrar en materia imploremos las luces del Cielo por intercesión de la Santísima Virgen, etc.

AVE MARÍA.

PUNTO PRIMERO.

Escrita estaba en el libro de la ley, como lo hiciera notar San Pablo, la primera inmolación de Jesucristo: *In capite libri scriptum est de me: Ecce venio, ut faciam, Deus, voluntatem tuam.* (HÆBR., X, 5). A ella se somete tan luego como aparece en el mundo. Hallábase prescrito que los primogénitos fuesen presentados en el templo y consagrados al Señor, por cuanto Dios había exigido se le ofreciesen las primicias de todas las cosas. Esta ley se refería á los hijos de Israel, ó mejor dicho, á los hijos de los hombres que nacen mancillados con el pecado, y como tales son pecadores. Empero, ¿podía referirse al Hijo de Dios, al Verbo Eterno, unido á nuestra naturaleza? El Santo de los Santos, ¿necesitaba rescatarse ante su Padre Celestial no habiendo jamás prevaricado...? Ciertamente dicha ley no concierne en manera alguna á Jesucristo; mas el pueblo no le reconoce todavía como Mesías, y por lo tanto sométese á ella el primero para dar un ejemplo de sumisión á las divinas leyes. «El Salvador, pues, al decir de un sabio Doctor, es llevado al templo, porque la ley lo manda; y el Hijo de Dios no se desdeña de sujetarse á una ley que él mismo estableciera para los siervos.» Y ved ahí la primera inmolación que

Jesucristo nos demuestra en su persona; la inmolación de la voluntad que domina y sojuzga toda ley. Practicando la ley desde su infancia, abandona en manos de su Padre la dirección de sus acciones todas, ofreciéndole en el día de la Presentación el primero y más sublime sacrificio de su voluntad.

Ahora, recordad que os dije que cada ejemplo de inmolación que hoy nos da Jesucristo, es desde luego imitado por uno de los personajes que le acompañan. María, su divina Madre, es la primera en imitarle en la inmolación de la voluntad; y humilde y obediente siempre, apérase á dar á todos los fieles tan sublime ejemplo.

Al ordenar la ley que el primogénito fuese presentado y rescatado, prevenía también ciertas purificaciones á la madre. Pero á la manera que la ley de la Presentación no podía referirse al Niño Jesús, Hijo de Dios, por idéntica razón no podía comprender á una Madre Virgen. No obstante, siquiera en virtud de esta cualidad, como nos lo enseña la Teología, se hallase María formalmente exceptuada de aquella ley civil, sométese empero á su yugo; y aunque radiante de una pureza virginal que brilla en su frente más que los rayos del sol, encamínase al templo como una mujer vulgar, á purificarse de unas manchas que jamás contrajera. ¿Qué otra cosa es esto sinó inmolar su voluntad á la letra de la ley conformándose con la imagen de su Hijo Jesucristo?

Hubo aún otra circunstancia en este día, que aumenta nuevos quilates á la inmolación de la voluntad en María. El anciano Simeón la dirige estas sentidas palabras: «Este niño está llamado á ser la ruina y la resurrección de muchos. Colocado se halla como un signo de contradicción; y una espada traspasará vuestra alma.» *Tuam ipsius animam pertransibit gladius* (Luc. II, 35). ¡Qué palabras para una Madre! ¡Qué lúgubre predicción! Nada formula el anciano de una manera precisa acerca de los trabajos y contradicciones del Hijo, ni respecto á la espada que á causa de esto traspasará el corazón de la Madre; y hé aquí justamente lo que más alarma y ansiedad causa á María; por cuanto el no designarla género ninguno de dolor, de tormento, de muerte, equivale á poner ante su vista todos los dolores, todos los tormentos, todas las muertes juntas. Por eso dijo oportunamente San Agustín: «Menos duro es sufrir una sola muerte, que verse en el caso de temerlas todas.» *Longe satius est unam perpeteri moriendo, quam omnes timere vivendo.* (*De Civ. Dei*. l. I. c. XI, t. 7. col. 12). ¡Tan cruelmente es tratada María en la profecía de Simeón! Desde aquella hora se le anuncia su mal, se le vaticinan las prolongadas amarguras de su existencia, y puede ya contemplar ante su vista la ingratitude de los Judíos hacia su Hijo, los sufrimientos de su existencia, los dolores atroces de su pasión, su muerte en el Calvario... Y sin embargo, ni se queja, ni investiga qué sucederá. Su temor está exento de toda vana curiosidad, su dolor no es impaciente; se resigna, se inmola, y somete completamente su voluntad á la del Cielo, conformándose en un todo con el ejemplo de Jesucristo.

¿Qué deberemos inferir de este sublime ejemplo del Hijo y de la Madre?

Dos son las conclusiones principales que saltan á la vista. 1.^a Que todos nos hallamos colocados bajo el poder de Dios, á cuyas leyes debemos someternos: pues si El tiene un derecho incontestable á mandarnos, nosotros estamos en el deber de obedecer. Si tanta exactitud exigía en su cumplimiento la ley de Moisés, siendo un servidor de Dios, ¿con cuánta mayor puntualidad deberemos cumplir la ley establecida por el mismo Hijo de Dios, Jesucristo? 2.^a El ejemplo de la Santísima Virgen nos demuestra los dos principales actos de resignación con que debemos inmolarnos á Dios, á saber: preparándonos desde lejos á todo evento, y sometiéndonos humildemente á cuanto sea su divina voluntad; ó en otros términos: previendo resignadamente la inmolación, y aceptándola cuando llegue la hora de realizarla.

Pasemos ahora á considerar la inmolación de los sentidos.

PUNTO SEGUNDO.

La perdición del género humano, consumada por Adán, trae su origen de haber querido satisfacer á sus sentidos. Acércase á un árbol, bello á la vista, de aspecto deleitable, bueno para comer; (GEN. III, 6). Siente excitarse en él el apetito del gusto, y cae en la tentación, desobedeciendo á Dios. Observad ahora lo que hace nuestro Señor Jesucristo, ofreciéndose en holocausto á su Padre: *Ecce venio*. Al ocupar hoy el lugar de las antiguas víctimas, comienza á aproximarse, no á un árbol florido y deleitable como el de Adán, sinó á un árbol terrible, cuyas ramas están erizadas de espinas, cuyo tronco es duro, y su fruto lleno de amargura. ¿Y qué valen estas expresiones para pintar el sangriento árbol de la Cruz? Hoy, en efecto, da Jesús el primer paso hacia ese árbol misterioso; de hoy más sólo le esperan angustias y contradicciones: *Positus est hic in signum cui contradicetur*; contradicciones en sus enseñanzas, en sus milagros, en sus palabras, y hasta en sus acciones más inocentes; contradicciones por parte de los príncipes, de los pontífices, de ciudadanos y extranjeros, de sus amigos y sus enemigos, de sus discípulos y de sus émulos. Ved el verdadero hombre de dolores vaticinado por Isaías: *Virum dolorum* (ISAI., LIII, 3). Así es como el Salvador nos da el ejemplo de la más completa inmolación de sus sentidos. ¡Dichosos nosotros si comprendiésemos sus consecuencias!

Mas al lado del Niño Jesús, veo en el templo una persona que toma una parte importantísima en esta misma inmolación. Es la profetisa Ana, aquella mujer admirable, extenuada por las vigiliias y los ayunos, de quien dice la Escritura, que jamás se separaba del Templo

en donde consumía los días y las noches, sirviendo á Dios con oraciones y austeridades: *Quæ non discedebat de templo, jejuniis et obsecrationibus serviens nocte et die* (LUC. II, 37). Allí, indignada contra sus sentidos, les hace una cruel guerra, busca el dolor, se abraza con la mortificación, ahogando de esta suerte todo sentimiento de los mundanos placeres, hacia los cuales nuestro enfermizo espíritu suspira sin cesar.

Más justo sería que imitásemos á nuestro Divino Salvador, llevando la Cruz desde nuestros primeros años, puesto que la vida está sembrada de dolores. Más justo sería que, á imitación de Ana, trabajásemos en enfrenar nuestros sentidos, desde el principio, por medio de la penitencia. Malamente nos persuadiríamos vivir sin placer, trasladando éste del cuerpo al espíritu, de lo animal y terreno á lo celeste é incorruptible. Allí es donde, por el contrario, se forma, en sentir de Tertuliano, un placer todo divino, con el desprecio de los placeres sensuales: *Quæ major voluptas, quam fastidium ipsius voluptatis?* (APOL. II.): ¡Quién nos diera, H. M., el poder gustar ese placer sublime!... ¡Cuán generoso es! ¡Cuán delicado! ¡Cuán digno de un gran valor! ¡Y cuán bien sienta especialmente en los que están destinados á mandar! Porque, si tan grato es imprimir el respeto en los subordinados, mediante un aire de autoridad que brilla en los ojos y en el semblante del superior, ¡cuánto más lo será conservar á la sazón ese tinte de majestad que Dios la diera, de esa majestad interior que modera las pasiones, contiene los sentidos en los límites del deber, calma con su aspecto todo movimiento sedicioso, y hace al hombre dueño de sí mismo!

Escrito está en los Libros Santos: Bebe el agua de tu pozo, y tómalala de tu propia fuente: *Bibe aquam de cisterna tua, et fluentia putei tui.* (PROV., V, 17). Esta expresión sencilla pero misteriosa, se dirige, según los comentadores, al alma razonable criada á la imagen de Dios. Cuando busca el placer en los objetos sensibles, bebe de una agua extraña, contra el dictamen del Sabio, que la aconseja á no salir de sí misma para satisfacer su sed. Alegoría sublime, que nos enseña á no buscar fuera de nosotros el origen del verdadero placer que fortifica el corazón humano, le anima en sus designios, y le consuela en sus desgracias, puesto que en nuestro propio seno brota límpida y abundante esa agua misteriosa de que podemos abrevarnos hasta la saciedad. Réstanos por último hablar de la inmolación de la vida, tercer carácter del sacrificio de nuestro Divino Salvador, con que vamos á finalizar este discurso.

PUNTO TERCERO.

Sometiéndose el Salvador á la ley, inmoló su voluntad; aceptando el dolor por toda su vida, inmoló sus sentidos; y haciéndose víctima voluntaria de nuestros pecados, inmoló su vida. De esta última inmolación que pone el colmo á las dos anteriores, vamos á ocuparnos brevemente. «Para inaugurar este misterio, dice un Santo Doctor, entra hoy Jesucristo en el Templo, colocándose en lugar de las víctimas que allí se sacrifican.» Ciertamente que todavía no recibe el golpe mortal; pero le acepta, se prepara á recibirle; presenta á su Padre Celestial aquel cuerpo de que se revistiera, para padecer y hacerse el holocausto del pecado; inmola anticipadamente sus miembros, destinados á ser un día clavados en la Cruz, y le consagra una vida que sólo debe durar treinta y tres años, y que no aceptó sinó para inmolarla en expiación de los delitos de los hombres.

Este ejemplo tiene desde luego un imitador en el anciano Simeón, quien saluda con gozo á la muerte, y como que la desafía con estas palabras: «Ahora, Señor, bien podéis dejar morir en paz á vuestro siervo, puesto que ya mis ojos han visto á ese Salvador, llamado á destruir el pecado, á desarmar á la muerte y arrebatarla su presa.» *Nunc dimittis*, etc. (LUC., II, 29). Lo cual fué como decir: «Nada, Señor, me importa ya dejar esta vida: la muerte que hasta hoy se presentaba terrible y amenazadora, no puede asustar á los que esperan la resurrección, ni será en adelante para los hijos de Dios sinó el suave tránsito de un mundo de luto y de lágrimas á un mundo de eterna felicidad.»

Esta inmolación de la vida, este desprendimiento de la existencia, constituye el sacrificio más sublime, por cuanto el deseo de vivir se halla tan arraigado en los hombres. Con el fin de animarnos é inspirarnos valor, nos pone Dios ante la vista un ejemplo tan admirable en Nuestro Señor Jesucristo; ejemplo que, imitado desde luego por Simeón, lo ha sido después por tantos Santos y mártires en la sucesión de los tiempos.

¿Y por qué no hemos de seguir nosotros sus huellas? ¡Oh! Cesemos, H. M., de vivir encadenados por el amor de esta vida perecedera. En vano, dice San Agustín, os mostráis tan apasionados de ella, que á fuer de madrastra os grita incesantemente: «Yo soy desagradable y repugnante, y con todo me amáis; soy dura é insoportable, y á pesar de eso me buscáis.» ¡Que apóstrofe! Y en verdad que en esta parte habla con sinceridad, advirtiéndos que no tardará en abandonaros, como un falso amigo, en medio de vuestras más importantes empresas: *Clamat tibi: fœdæ sum, et tu amas! Clamat: dura sum, et tu amplecteris! Clamat: volatica sum, et tu sequi conaris! Ecce respondet tibi amata*

tua; Non tecum stabo. (Serm. 302.) Desengañémonos, pues, nosotros que no cesamos de atormentarnos y tanto trabajamos para diferir la hora del morir. Pensemos, por el contrario, nos dice el mismo Santo Doctor, en emprender desde luego una vida tal que consigamos no morir jamás: *Qui tanta agis ut paulo serius moriaris, age aliquid, ut nunquam moriaris.*

Desconfiemos de esa amiga inconstante; desprendámonos de esa vida que de día en día nos va abandonando: tornemos los ojos hacia otra existencia más segura, cierta y duradera, que nos espera en el Cielo por toda una eternidad.

C. MARTIN.

INSTRUCCION FAMILIAR.

PLAN.

PRIMERA REFLEXIÓN.—María nos enseña la humildad y el sacrificio.

SEGUNDA REFLEXIÓN.—Jesús, la sumisión á la ley religiosa.

TERCERA REFLEXIÓN.—Simeón y Ana, el ardiente amor con que debemos recibir á Jesucristo.

*Postquam impleti sunt dies purgationis
Mariæ secundum legem Moysi, tulerunt
Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum
Domino.*

Cumplido el tiempo de la Purificación de María, según la ley de Moisés, llevaron el niño á Jerusalén, para presentarle al Señor.

(LUC., II., 22.)

Los días de la Purificación de María habíanse cumplido. La dulce y bella Virgen abandona el establo de Belén; toma en los brazos á su pequeño Hijo, y acompañada de su esposo José dirígese hacia Jerusalén, la ciudad de los reyes. ¡Guárdeos el Señor en vuestro camino, oh pobres viajeros! ¡Envíe en vuestro séquito á sus radiantes Angeles para que alejen de vosotros todo peligro, y llevándoos en sus palmas, no tropiecen vuestros pies contra la piedra, ni ensangrienten vuestros delicados miembros las punzantes espinas que brotan en esa tierra ingrata!

Imaginad, A. O. M., la alegría de aquellos santos caminantes, su modestia, su paciencia, sus discursos llenos de piedad y afecto hacia Jesús. Al lado del Divino Niño todo es para ellos consuelo y felicidad, porque con El no hay pobreza que sea dura, ni incomodidad que moleste.

Llegados á Jerusalén, encamínanse al templo. ¡Qué espectáculo se ofrece allí á nuestros ojos justamente asombrados! María, confundida entre las mujeres de Israel, presenta por su Hijo la ofrenda de los pobres. Jesús se ofrece á su Eterno Padre, y comienza aquella oblación voluntaria, aquella donación completa de sí á nosotros mismos, que un día debe consumir y sellar con su sangre en la cima del Calvario. Una viuda piadosa y un venerable anciano, atraídos por el Espíritu Santo, reciben en aquel día la recompensa de su prolongada esperanza y de sus vehemente deseos; y dichosos por haber visto el